

fuerza pública; eso es lo mismo que os pide el ministro del Interior, Roland, quien á pesar de las calumnias que se le dirigen, es á vuestros ojos uno de los hombres más honrados de Francia. (*Aplausos*). Yo pido también una fuerza pública á la que concurren todos nuestros departamentos. Es necesaria una ley contra esos hombres infames que asesinan, porque no tienen valor para combatir... ¿Se cree hacernos esclavos de algunos diputados de París?»

Estas enérgicas expresiones de Buzot conmovieron á la Convencion, y las aclamaciones en todos los bancos de los diputados de los departamentos apoyaron sus palabras. Los diputados de París y sus adictos callaron y quedaron consternados, y la proposicion se votó. Por la noche, los doce diputados de París se trasladaron en masa á la sesion de los Jacobinos para exhalar su cólera y para concertar su venganza. «Es necesario —dijo Chabot— que los jacobinos, no sólo de París, sino de todo el imperio, *obliguen* á la Convencion á dar á Francia el gobierno que elija. La Convencion retrocede y los intrigantes se apoderan de ella. Los aduladores de la secta de Brissot y de Roland quieren establecer un gobierno federal para reinar sobre nosotros por sus departamentos.»

Al decir estas palabras, aparece Petion y ocupa su asiento. Brissot escribe que pide explicarse fraternalmente. Fabre d'Eglantine ataca á Buzot y denuncia su discurso de la mañana como una combinacion preparada en casa de Roland para prevenir el ánimo de la Convencion contra París. Petion defiende á Buzot, no sólo á título de amigo, dice, sino como uno de los ciudadanos más decididos por la libertad y por la república. Billaud-Varennes, Chabot y Camilo Desmoulins llaman á Buzot malvado. Grangeneuve y Barbaroux amenazan á la diputacion de París con la llegada de nuevos marseleses. La sesion se levanta en medio del más inexplorable tumulto, y la guerra queda declarada.

VIII

El combate empieza al dia siguiente en la sesion de la Convencion. Se levanta Merlin. «Se habla de señalar la órden del dia, —dice.— La única órden del dia es hacer que cesen las desconfianzas que nos dividen, y que perderian la causa pública. Se habla de tiranos y de dictadores; pido que se los nombre, y que se me designen como aquellos á quienes debo dar de puñaladas. Intimo á Lasource, que me dijo ayer existia aquí un partido dictatorial, que nos le designe.»

Lasource, amigo de Vergniaud y casi tan elocuente, se levanta indignado de aquella páfida interpelacion. «Es bien extraordinario —dice— que interpelándome el ciudadano Merlin, me calumnie. Yo no he hablado de dictador, sino de dictadura: he dicho que hay aquí ciertos hombres que me parece tienden al dominio por medio de las intrigas. Es una conversacion particular lo que el ciudadano Merlin revela; pero léjos de quejarme de esa indiscrecion, me alegro. Lo que he dicho en confianza lo volveré á decir en la tribuna, y aliviaré de un peso á mi corazon. Ayer por la noche, en los Jacobinos, oí denunciar á las dos terceras partes de la Convencion como que conspiraban contra el pueblo y contra la libertad. Al salir, algunos ciudadanos se agruparon á mi alrededor, y el ciudadano Merlin fué uno de ellos. Les pinté, con un calor que yo no puedo contener cuando se trata de mi patria, mi inquietud y mi dolor. Se gritaba contra el proyecto de ley

que pide el castigo para los instigadores del asesinato. He dicho y repito que esta ley sólo puede asustar á los que meditan crímenes y que despues los atribuyen al pueblo, de quien se llaman únicos amigos. Se gritaba contra la proposicion de dar una guardia á la Convencion. He dicho y vuelvo á decir que la Convencion nacional no puede quitar á todos los departamentos de la república el derecho de velar por el depósito comun y por la libertad de sus representantes. No es al pueblo á quien yo temo, él es quien nos ha salvado, y pues que al fin es necesario hablar de sí mismo, son los ciudadanos de París quienes me han salvado en el terraplen de los Fuldenses. Ellos son quienes apartaron de mí la muerte que me amenazaba, y quienes separaron de mi pecho treinta estocadas. No, no es al ciudadano á quien yo temo, es al cobarde asesino que da de puñaladas. ¿Causa esto admiracion? Yo interpelo á mi vez á Merlin. ¿No es verdad que me ha advertido en confianza uno de estos dias, en el comité de vigilancia, que yo debia ser asesinado sobre el umbral de mi puerta al entrar en mi casa, como otros muchos de mis colegas? Sí, no temo el despotismo de París, temo el dominio de los intrigantes que le oprimen sobre la Convencion nacional. No quiero que París llegue á ser para el imperio frances lo que Roma para el imperio romano. Aborrezco á los hombres que en el mismo dia en que se cometian los asesinatos se han atrevido á decretar mandamientos de arresto contra ocho diputados, y quieren llegar por medio de la anarquía á aquel dominio de que están sedientos. Yo no designio á nadie, sigo con la vista el plan de los conjurados y levanto la cortina. Cuando los hombres en quienes me fijó me hayan dado bastante luz para verlos bien y para enseñarlos á Francia, yo vendré á esta tribuna á quitarles la máscara, aunque deba al bajar sucumbir á sus golpes. Me habré vengado, y el poder nacional, que anonadó á Luis XVI, anonadará á todos los hombres ávidos de dominacion y de sangre.»

Prolongados aplausos siguieron á estas palabras; la energía de Lasource pareció haber vuelto la respiracion á la Asamblea. Rebecqui nombró á Robespierre. «Hé ahí el partido, —exclamó,— hé ahí el hombre que yo os denuncio.»

Danton, que se creia aún con bastante apoyo en ambos lados de la Convencion para sostenerse y para interponerse como un terrible mediador, pidió la palabra.

«Es un bello dia para la nacion, —dijo,— es un bello dia para la república, aquel que nos conduce á una explicacion fraternal. Si hay culpables, si existe un hombre perverso que quiera dominar despóticamente á los representantes del pueblo, su cabeza caerá tan pronto como sea descubierto. Esta imputacion no debe ser vaga é indeterminada. El que la haga debe firmarla. Yo la haré, áun cuando deba costar la vida á mi mejor amigo. No defiendo en masa á la diputacion de París, no respondo de nadie (indica con una mirada desdeñosa el banco de Marat), y sólo os hablaré de mí. Estoy pronto á trazaros el cuadro de mi vida pública. Desde hace tres años he hecho lo que he creido deber hacer por la libertad. Miéntras que duró mi ministerio, he empleado todo el vigor de mi carácter y toda la actividad de un ciudadano á quien abrasa el amor de su país. Si con respecto á esto hay alguno que pueda acusarme, que se levante y que hable. Existe, es verdad, en la diputacion de París un hombre cuyas opiniones exageran y desacreditan al partido republicano: este hombre es Marat. Bastante y demasiado tiempo se me ha acusado de ser el autor de sus escritos. Invoco el testimonio del ciudadano que os

preside. Petion tiene en sus manos la amenazadora carta que me ha dirigido Marat, y ha sido testigo de un altercado-entre Marat y yo en el ayuntamiento. Pero yo atribuyo aquellos excesos á las vejaciones que este ciudadano ha sufrido, y creo que los sótanos en que ha estado encerrado ulceraron su alma. Porque haya algunos individuos exagerados, ¿se debe acusar á toda una diputacion? En cuanto á mí, no pertenezco á Paris; he nacido en un departamento hácia el que se vuelven siempre mis miradas con un sentimiento de placer. Pero ninguno de nosotros pertenece á tal ó cuál departamento, todos pertenecemos á la Francia entera. Demos una ley que imponga la pena de muerte contra cualquiera que se declare en favor de la dictadura ó del triunvirato. Se dice que hay entre nosotros hombres que quieren dividir á Francia. Hagamos desaparecer estas ideas absurdas, pronunciando la pena de muerte contra ellos. Francia debe ser indivisible. Los ciudadanos de Marsella quieren dar la mano á los ciudadanos de Dunkerque. Votemos la unidad de la representacion y del gobierno, y es seguro que los austriacos no sabrán sin estremecerse esta santa armonía. Entónces, os lo juro, acabaron nuestros enemigos.»

Bajó Danton de la tribuna entre el ruido de los aplausos. Las asambleas, indecisas siempre por naturaleza, adoptan con entusiasmo las proposiciones dilatorias que les evitan la necesidad de pronunciar su fallo.

Impaciente, sin embargo, Buzot por contar una victoria á madama Roland, no se contentó con obtener para su partido aquella denegacion del juicio, con las leyes de muerte de dobles filos, ni con aquellos juramentos equívocos de unidad y de indivisibilidad de la república. «¿Y quién os dijo, ciudadano Danton, que nadie pensase en romper esa unidad?—respondió—¿No he pedido yo que fuese consagrada y garantida por una guardia compuesta de hombres enviados por todos los departamentos? ¿Nos hablan de juramentos? Yo no creo en los juramentos. Los Lafayette, los Lameth habian hecho uno y le han violado. ¿Nos hablan de decreto? Un simple decreto no basta para asegurar la indivisibilidad de la república. Es necesario que esta unidad exista de hecho. Es necesario que una fuerza armada, enviada por los ochenta y tres departamentos, rodee la Convencion. Pero todas estas ideas necesitan coordinarse, y yo pido que se envíen á la comision de los seis.»

La obstinacion de Buzot reanimó la audacia de los jóvenes girondinos, desconcertada un momento por la voz de Danton. Vergniaud, Guadet y Petion callaban y parecian mostrar en su fisonomía y en su actitud una repugnancia á llevar el combate más adelante. Robespierre, llamado por su nombre, subió con lentitud y solemnidad los escalones de la tribuna. Todas las miradas se fijaron en él. El odio prematuro de los girondinos le habia proporcionado el más interesante papel para un orador popular: el de la inocencia que se defiende, y el de la fuerza que se modera.

«Ciudadanos,—dijo,—al subir á esta tribuna para responder á la acusacion dirigida contra mí, no es mi propia causa la que vengo á defender, sino la causa pública. Al justificarme no creais que me ocupo de mí mismo, sino de la patria. Ciudadano,—continuó, apostrofando á Rebecqui,—ciudadano, que habeis tenido valor de acusarme de querer sujetar mi país á la faz de los representantes del pueblo, en este mismo sitio en que he defendido sus derechos, yo os doy gracias.

Reconozco en este acto el civismo que caracteriza la ciudad célebre (Marsella) que os nombró diputado. Os doy gracias, porque todos ganaremos con esta acusacion. Se me ha designado como el jefe de un partido que se señala á la animadversion de Francia como aspirante á la tiranía. Hombres hay que sucumbirian bajo el peso de semejante acusacion; pero yo no temo, gracias á lo que he hecho por la libertad; yo soy quien ha combatido durante tres años todas las facciones de la Asamblea constituyente; yo soy quien ha combatido la corte, desdénando sus presentes, despreciando los obsequios del partido más seductor que despues se habia elevado para oprimir la libertad.»

Muchas voces, cansadas de este vago panegirico de sí mismo, interrumpieron á Robespierre, diciéndole que entrase en la cuestion. Tallien reclamó la atencion para el diputado de Paris. Robespierre, que ya no hallaba el favor y el respeto de que gozaba en los Jacobinos, se detuvo un momento en su discurso, é imploró el silencio de la generosidad de sus acusadores, recordando de nuevo sus servicios á la revolucion.

«Pero ahí es — continuó — donde comenzaron mis crímenes;



Proclamacion de la república.—Pág. 128.

porque un hombre que luchó tan largo tiempo contra todos los partidos con un valor fuerte é inflexible, sin proporcionarse ningun partido á sí mismo, debia ser objeto del odio y de las persecuciones de todos los ambiciosos y de todos los intrigantes. Cuando quieren principiar un sistema de opresion, su primer pensamiento debe ser separar este hombre. Sin duda que otros ciudadanos han defendido mejor que yo los derechos del pueblo; pero yo soy el que puede gloriarse de tener más enemigos y haber sufrido más persecuciones.» «¡Robespierre,—gritan por todas partes,—dinos sencillamente si has aspirado á la dictadura ó al triunvirato!» Robespierre se indigna de los cortos limites que prescriben á su defensa. La Convencion murmura, y con su poca atencion manifiesta su cansancio. «¡Abrevia, abrevia!»—gritan á Robespierre de todos los bancos. «No abreviaré,—replica;—os recuerdo vuestra dignidad; invoco la justicia de la mayoría de la Convencion contra ciertos miembros que son mis enemigos...» «Aquí hay unidad de patriotismo, y no es por odio por lo que se te interrumpe»,—le responde Cambon. Ducos pide que, en interes de los mismos acusadores, se oiga al acusado con atencion.

Robespierre continúa en medio de las risas y de los sarcasmos: «Que aquellos que me responden con risotadas y con murmullos se constituyan en tribunal, y pronuncien mi sentencia. Ese será el dia más glorioso de mi vida. ¡Ah! ¡Si yo hubiese sido hombre capaz de unirme á uno de esos partidos, si yo hubiese transigido con mi conciencia, no sufriria ni estos insultos ni estas persecuciones! Paris es la arena donde yo he sostenido esos combates contra mis enemigos y contra los enemigos del pueblo. No es, por consiguiente, en Paris en donde se puede desnaturalizar mi conducta, porque aquí tiene al pueblo por testigo. Pero no sucede lo mismo en los departamentos. Diputados de los departamentos, os lo pido en nombre de la causa pública, desengañaos y escuchadme con imparcialidad. Si la calumnia sin respuesta es la más temible de las prevenciones contra un ciudadano, es tambien la más perjudicial á la patria. Me han acusado de haber tenido conferencias con la reina, con la Lamballe; me han hecho responsable de las frases irreflexivas de un hombre patriota exagerado (Marat) que pedia que la nacion se confiase á hombres cuya incorruptibilidad se hubiese probado durante tres años. Despues de la apertura de la Convencion, y aún ántes, se renuevan estas acusaciones. Se quiere perder en la opinion pública á los ciudadanos que han jurado inmolar á todos los partidos. Se sospecha que aspiramos á la dictadura, y nosotros sospechamos del pensamiento de hacer de la república francesa un conjunto de repúblicas federativas, que serian sin cesar la presa de los furios civiles ó de nuestros enemigos. Vamos al fondo de estas sospechas. Que no se contenten con calumniar, que se acuse, y se firmen acusaciones contra mí.»

IX

El impaciente Barbaroux se levanta con la impetuosidad de la juventud. «Barbaroux, de Marsella, se presenta—dice mirando á Robespierre cara á cara—para firmar la denuncia... Estábamos en Paris, acabábamos de derribar el trono con los marseleses, se nos buscaba por todos los partidos, como árbitros del poder, y nos condujeron á casa de Robespierre. Allí nos designaron este hombre como el

ciudadano más virtuoso, el único digno de gobernar la república. Respondimos que los marseleses jamás bajarían la frente ante un dictador. (*Aplausos*). Hé ahí lo que yo firmaré, y que yo desafío á Robespierre que desmienta. ¡Y se atreven á decirnos que el proyecto de dictadura no existe! ¡Y una municipalidad desorganizada se atreve á lanzar mandamientos de prision contra un ministro, contra Roland, que pertenece enteramente á la república! ¡Y esta municipalidad se coliga por correspondencias y por comisionados con todas las demas municipalidades de la república! ¡Y no se quiere que todos los ciudadanos de todos los departamentos se reúnan para proteger la independencia de la Representacion nacional! Ciudadanos, se reunirán y formarán una muralla con sus cuerpos. Marsella previno vuestros decretos, y ya está en movimiento; sus hijos marchan: si deben ser vencidos, si nosotros debemos ser bloqueados aquí por nuestros enemigos, declarad de antemano que nuestros suplentes deben reunirse en una ciudad designada, y nosotros moriremos aquí. En cuanto á la acusacion que hice contra Robespierre, declaro que yo estimaba á Robespierre, que le queria. Que reconozca su falta, y retire mi acusacion; pero que no hable de calumnia. Si él ha servido á la libertad con sus escritos, nosotros la hemos defendido con nuestros brazos. Ciudadanos, cuando llegue el momento del peligro, entónces nos juzgareis. Veremos si los forjadores de noticias sabrán morir con nosotros.»

Esta despreciadora alusion á Robespierre y á Marat fué acogida con estrepitosos aplausos.

Cambon, de Montpellier, alma recta y fogosa que se lanzaba con toda la energia de sus convicciones al lado donde veia la justicia, sostuvo á Barbaroux. Señaló los escándalos de usurpacion de poder que se habia permitido la municipalidad de Paris. «Se nos quiere dar el régimen municipio de Roma—exclamó.—Yo digo que los diputados del Mediodía quieren la unidad republicana.» Este grito de patriotismo fué repetido como la voz de orden de la nacion en todos los puntos del salón. «¡La unidad la queremos todos, todos, todos!»

Panis, el amigo de Robespierre, quiso replicar á Barbaroux. Refirió que sus entrevistas con los jefes marseleses no habian tenido otro objeto que el de preparar el sitio de las Tullerías. «Presidente,—dijo á Petion,—vos estábais entónces en el ayuntamiento. Os acordareis que yo dije algunos dias ántes del 10 de Agosto: «Es necesario purgar el palacio de los conjurados que hay dentro; no tenemos otro medio de salvarnos que una santa insurreccion». No quisísteis creerme. Me respondísteis que el partido aristocrático estaba abatido, y que nada habia que temer de él. Me separé de vos, y formamos un comité secreto. Un jóven marseles, lleno de patriotismo, vino á pedirnos cartuchos, y nosotros no podíamos dárselos sin vuestra firma, que no nos atrevimos á pedirlos porque teniais demasiada confianza. Entónces el jóven se puso la pistola en la garganta, y dijo: «Me suicido si no me dais los medios de defender mi patria». Aquel jóven nos hizo llorar, y firmamos. Por lo que hace á Barbaroux, juro que jamás le he hablado de dictadura. ¿Cuáles son sus testigos?» «Yo»,—responde Rebecqui. «Vos sois el amigo de Barbaroux, y yo os recuso. Por lo que hace á las operaciones del comité, estoy pronto á justificarlas.» «¿Por qué razon—le pregunta Brissot indignado—habeis dado un decreto de arresto contra un diputado? ¿No era para hacerle inmolar con los prisioneros de la Abadía?» «Os hemos salvado y nos calumniáis,—replica Panis.—